

Tristes trópicos

## Con Clarice Lispector en Rio



Clarice Lispector.

Las escuelas de zamba de Salgueiro y Portela, con toda la voz que tienen, más la que les suman los amplificadores, rivalizan desde dos disquerías separadas por veinte metros de asfalto cubiertos totalmente de Volkswagen. Un heladero grita: "Kibon —batucando sobre la madera del carrito—. Kibon que é foi e será bon", y los termómetros marcan 38° C. Pero, ¿a quién le importa? Es domingo, y el mar está allí no más, verde y frasco. Bandadas de muchachas sin zapatos y casi ninguna otra cosa saltan entre los autos, camino hacia el agua. El aire está lleno de gritos, romper de olas, ruidos de motores, voces de pájaros, bocinas y ritmos de zambas. Con el Carnaval que llega, las músicas recién nacidas invaden las calles de Río.

"Es aquí", dice el taximetrista deteniendo el coche frente a un edificio impersonal y ceniciento. No era la casa colonial, rodeada de palmeras y cubierta de enredaderas que, no sé por qué, había imaginado para Clarice Lispector. Atravesé corredores silenciosos, brillantes de cera. Clarice misma me abrió la puerta y me hizo pasar. La melancolía de los corredores se prolongaba adentro a pesar de la ventana grande, pero cerrada sobre la calle ruidosa. Todo hacía pensar en un pasado brillante y amado que no se deseaba olvidar. Los viejos sillones de estilo, los cofres y cajitas, los dibujos y porcelanas. Y ese color que da a las cosas el tiempo y el cariño.

Preparé mis cosas y esperé que ella se sentara a su vez. Pero ella daba vueltas tras un perro viejo y consentido al que hablaba con tono monótono y un poco ausente.

Pensé que parecía muy cansada y desde hacía mucho tiempo. Finalmente se sentó y me miró con sus ojos grandes y fijos, los mismos de varios retratos suyos colgados entre paisajes y naturalezas muertas. Las técnicas y la edad de la modelo variaban, pero los ojos eran siempre los mismos. Tenían ya, hasta en sus días más lejanos, ese aire desdichado que hoy se mezclaba con el del tedio.

Desde antes de empezar sabía que no hablaría fácilmente. Y así fue. Durante una larga media hora hilvanamos frases divagantes sobre Río, el calor, el Carnaval, el perro, los perros, Buenos Aires, el frío y otra vez el perro: un fox terrier muy astuto que se complacía en manejarla. Una y otra vez volvía a mi memoria la historia de periodistas que luego de pasar dos horas con ella volvían con una cinta donde sólo se escuchaba el sonido de sus propias voces. La primera pregunta debía, entonces, ser construida de tal manera que si ella no daba con la respuesta adecuada, quedara entrapada y en mis manos. "Su fama en Buenos Aires parece no coincidir con usted misma. Se dice que usted es elusiva, difícil, que no habla. A mí no me parece así", dije, y esperé un bendito. "No soy así, por supuesto, no soy así". Ella dijo: "Todo lo que tengo que decir lo digo en mis libros. Sus colegas tienen razón".

Evidentemente, tenían razón.

—Sus libros me han dejado llena de interrogantes.

—Seguramente yo no podré aclarárselos. Aquí tiene este trabajo de Renato Carneiro Gómez; allí respondo a muchas interrogantes por escrito. Tal vez le ayude.

Casi como un acápice del trabajo encontré esta frase: "No me gusta dar entrevistas; las preguntas me constriñen, me cuesta responder, y, todavía, sé que el entrevistador va a deformar fatalmente mis palabras".

—Sí, ahora sé que es así —le dije leyendo el libro a un tiempo—. Pero mire esto que usted dice acá: "Nací para tres cosas: amar a los otros, escribir y criar a mis hijos". Pensando en esto le pregunto si considera que se relaciona bien con los demás.

—¿Por qué?

—Pensaba en cómo conciliaría esa vocación suya de amar "y recibir algunas veces un poco de amor en cambio" y su reticencia en los contactos personales, por lo menos conmigo ahora y con otros periodistas otras veces.

—Soy tímida. Muy reservada.

—Y muy ajena al mundo que la

rodea, ¿o no? Usted me mira fijamente cada vez que le hablo, pero siempre tengo la sensación de que no me ve, que más bien está asomada sobre sí misma.

—Puede ser. Pero no estoy ajena al mundo que me rodea.

Del libro de Renato Carneiro Gómez: "Soy una persona muy ocupada: cuido del mundo. Lúcidamente apenas hablo de las miles de cosas y personas de quienes cuido. Pero no se trata de un empleo, pues dinero no gano con eso. Quedo apenas sabiendo cómo es el mundo. Es que yo nací así, incumbida. Y soy responsable por todo lo que exista. Incluso por las guerras y por los crímenes de lesa cuerpo y de lesa alma. Incluso soy responsable por el Dios que está en constante cósmica evolución para mejor".

—¿Piensa cuando escribe en sus lectores posibles?

—No atiendo ni a los lectores ni a mí. Sólo atiendo a lo que escribo. Cuando la obra está terminada, entonces sí pienso en el lector. Aunque la obra ya no me parece mía. La siento separada, ajena.

—¿Y siente que se comunicó?

—Creo que hay comunión, que me comuniqué.

—Sin embargo, parte de su obra es bastante impenetrable. Hay zonas de su obra, no en los cuentos, en las novelas, que no consigo entender.

—Sé que algunas veces exijo mucha cooperación del lector, que soy hermética. No querría, pero no tengo otra manera.

Del trabajo de Renato Carneiro Gómez: "Muchas veces tomo un aire involuntariamente hermético que me parece bien idiota en los otros. ¿Después que la obra está escrita, podría fríamente tomarla menos hermética, más explicativa? Pero es que respeto cierto tono peculiar al misterio de la creación, no sustituible (ese misterio) por claridad alguna".

—Bueno, sin embargo, hablando aquí con la gente... Sé que es usted muy popular.

—Sí. Durante mucho tiempo escribí para muy pocas personas. Sé que soy ahora muy popular. Los jóvenes me imitan.

—Mujeres.

—¿Por qué mujeres?

—Su literatura es esencialmente femenina. Pensaba que, sobre todo, mujeres se sentirían inclinadas a imitarla.

—¿Usted cree que mis libros no podría haberlos escrito un hombre?

—Como los de Emily Brontë, Carson McCullers o Katherine Mansfield.

—No sólo mujeres me imitan —dijo, y quedó un rato callada acariciando el perro—. Jóvenes, en general, que toman todos mis defectos.

—¿Cuáles son sus defectos?

—Manierismos que me limitan y los limitan sin necesidad para ellos.

—Cuénteme.

—No.

—Al leer sus novelas, a veces siento que usted vive a través de ellas fantasías que le son muy entrañables. Experimento cierto pudor por la sensación de estar espiándola por la cerradura.

Sin mirarme asintió con la cabeza.

Insistí: "¿Está de acuerdo?".

Fijó los ojos en mí y volvió a asentir con la cabeza. Y luego: "Por lo menos en la primera parte estoy de acuerdo. En cuanto a la segunda...".

—Ese es mi problema.

—Sí —dijo poniéndose de pie.

Le dije aún: "Me gustaría verla escribir".

Me miró sorprendida. Añadió: "Uno tiene la sensación de que las ideas le llegan en montones, casi sin que usted tenga mucha conciencia de lo que está pasando". Dijo: "La mayoría de las cosas que aparecen en mis libros se me van ocurriendo a medida que escribo. Escribir para mí es una manera de entender. Escribiendo comprendo. Es en la hora de escribir que muchas veces me vuelvo consciente de cosas que antes no sabía que sabía", dijo mientras me conducía hacia la puerta. Muy alta, de pelo y ojos castaños, en mi recuerdo lleva un vestido largo en seda marrón. Pero tal vez me equivoqué. Cuando salíamos me detuve junto a un retrato en óleo de su rostro. "De Chirico", dijo. Y luego, junto al ascensor: "Dispéñeme, no me gusta hablar".

Clarice Lispector, la más importante escritora viva en Brasil, nació en Ucrania hace alrededor de cincuenta años. Tenía dos meses cuando sus padres se establecieron en pleno Nordeste brasileño, en la ciudad de Recife. Sus primeros relatos datan de la primera infancia. Se trataba de cuentos donde, según la autora, "no se relataban hechos, sino sentimientos". Ha escrito siete novelas: *Cerca del corazón salvaje*, *La pasión según G. H.*, *La manzana en lo oscuro*, son quizá las más conocidas. De sus seis libros de cuentos es *Lazos de familia* el que más ha acrecentado su fama. ■ MARIA ESTHER GILIO.